

BIBLIOTECA SELECTA

PARA

LOS NIÑOS

ANDERSEN

LOS ZAPATOS
COLORADOS



GARNIER HERMANOS

EDITORES

BIBLIOTECA SELECTA PARA LOS NIÑOS

LOS

ZAPATOS COLORADOS

A MARIPOSA, EL ENFERMO, HA DE HABER
UNA DIFERENCIA,
LOS CORREDORES, LA TETERA,
EL REY DE LOS OLMOS,
EL INTRÉPIDO SOLDADO DE PLOMO

POR

5673

ANDERSEN

Ilustraciones por YAN'DARGENT.



PARIS

LIBRERÍA ESPAÑOLA DE GARNIER HERMANOS

6, Rue des Saints-Pères, 6

1889

115 X 170



¡Vaya un lindo calzado de baile! dijo el viejo soldado.

LOS ZAPATOS COLORADOS

Érase una vez una niña muy linda y graciosa, llamada Cármen, hija de una madre viuda tan infeliz que, no pudiéndola comprar un par de zapatos, iba descalza la pobre muchacha durante el verano y calzada con unos grandes zuecos, en invierno, que no la preservaban del frío; así es que sus piecitos estaban siempre amoratados.

En la misma aldea vivia una vieja zapatera que se compadeció de Cármén, y procuró calzarla como pudo. Juntó, pues, unos retazos de paño encarnado, los arregló y cosiéndolos con hilo del mismo color, hizo con ellos un par de zapatos que, aunque muy distantes de ser una obra perfecta, regaló de buena gana á Carmencita y esta los recibió con la mayor alegría.

Pero hé aquí que, el mismo día que los recibió, murió de repente la madre de la pobre niña; los zapatos colorados no eran de luto, pero como la infeliz no tenia otros, se los puso para ir al entierro de su madre.

Así iba detras del féretro, cuando pasó junto al entierro una grande y antigua carroza donde habia una señora anciana que, viendo sollozar á Cármén, se compadeció de ella y dijo al cura párroco : « Confíadme esa pobre niña, yo me encargo de ella. »

Se figuró Cármén, al principio, que si habia gustado á aquella buena señora, fué á causa de sus zapatos colorados, pero su protectora la dijo que eran horribles y los mandó arrojar. Despues vistió á la niña con mucha decencia, la puso un bonito vestido, la hizo aprender á leer, escribir, coser, y la gente decia que era muy linda. Cármén se miró al espejo que la dijo : « Eres aun mas que linda, pues eres hermosa. »

Hé aquí que algun tiempo despues, el rey, la reina y su hija la princesita, llegaron á la ciudad vecina y toda la comarca acudió alli reuniéndose en la plaza mayor para ver á sus majestades. Cármen fué tambien y vió en el balcon á la princesita, vestida de raso blanco á quien todo el mundo admiraba; no llevaba corona, ni vestido de cola, pero iba calzada con unos zapatitos de cordoban encarnado, sumamente bonitos. ¡Cuán diferentes eran de los que hizo para Cármen la vieja zapatera!

Poco á poco llegó el dia en que la niña debia hacer su primera comunión. Su buena protectora la mandó hacer un lujoso traje, y la llevó á casa del mejor zapatero de la ciudad para que la calzase. Cármen alargó su piececito para que la tomasen medida, y mirando, en torno suyo, todo lo que habia en la tienda, vió detras de una vidriera un par de zapatos de un brillante color de grana, enteramente iguales á los que llevaba la princesita. ¡Qué bonitos eran! «Ese calzado es el que yo necesito, dijo Cármen; veamos si me van bien. — Han sido hechos para la hija de un conde, respondió el zapatero, pero como le son muy estrechos, me he quedado con ellos. — ¿Son de marroquí? preguntó la anciana señora cuya vista se habia debilitado con los años; me parece que relucen mucho. — En efecto, contestó el mercader, son muy relucientes; se parecen á un espejo.

Los zapatos iban perfectamente á Cármen, y la buena señora se los compró sin notar que eran encarnados, porque á haberlo observado, de ningun modo hubiera consentido que la niña llevase semejante calzado el día de su primera comunión.

Y así sucedió sin embargo; fué á la iglesia con los zapatos colorados, llamó la atención general y todo el mundo se encogía de hombros. Cuando Cármen entró en la iglesia, le pareció que todas las figuras de los cuadros, que estaban colgados en las paredes, tenían clavados los ojos en sus zapatos, lo cual, lejos de ruborizarla, la envanecía. El cura la habló con tono patético de los deberes que había de desempeñar mayormente desde aquel momento en que iba á entrar en la comunidad de los fieles y en la edad de la razón. El órgano hacía resonar el santuario con sus graves y majestuosos sonidos, los chantres y niños de coro entonaban armonioso cántico, pero Cármen no atendía á nada, estando sólo poseída de la idea que llevaba unos zapatos tan hermosos como la hija del rey.

Por la tarde la voz pública hizo saber á la anciana señora el escándalo causado por Cármen; reprendió severamente á la niña, haciéndola ver lo indecoroso de su compostura en aquella sagrada ceremonia y la mandó que en adelante no se presentase en la iglesia mas que con zapatos negros, por viejos y rotos que estuviesen.

El domingo siguiente, debia recibir Cármen la confirmacion, y segun las órdenes de su protectora, la hicieron para el caso un par de zapatos negros; tomólos la niña maquinalmente, pero echando en seguida una mirada sobre los colorados, los asió con mano resuelta y se los calzó.

Hacia un tiempo magnífico y la anciana señora, ántes de ir á la iglesia, dió una vuelta por varios senderos que llenaron de polvo su calzado y el de su pupila. Á la puerta de la iglesia estaba un viejo inválido, apoyado en una muleta, con unas barbas canosas, que, al ver llegar la señora y la niña, las propuso limpiarlas del polvo los piés. Accedió á ello la anciana y Cármen alargó el pié al inválido quien al ver los zapatos colorados exclamó : « ¡ Vaya un lindo calzado de baile ! Tenga usted cuidado de no estropearlos en los valeses. »

La señora dió al inválido una limosna, y entró luego con la niña en la iglesia, donde todos los circunstantes se asombraron aun mas que la primera vez á la vista de los zapatos colorados de Cármen, cuyo vivo encarnado parecia llamar la atencion hasta de las figuras de los cuadros. En cuanto á la niña, cada vez mas ufana con su calzado, se olvidó de rezar y de entonar en coro el cántico á la divinidad. Llegó á tal punto su distraccion que apenas notó el golpecito del prelado en signo de confirmacion; la parecia que todo el mundo envidiaba sus zapatos.

Al salir de la iglesia tomó la señora un coche de alquiler para regresar á su casa; y cuando Cármen levantó el pié para subir al carruaje, el inválido de la puerta volvió á repetir: « ¡ Lindos zapatos para un baile ! »

Sintió Cármen que la levantaban á pesar suyo y sus piernas empezaron á moverse á compas y todo su cuerpo se puso á saltar y bailar sin poder pararse; el cochero la tomó en sus brazos y la sentó por fuerza en el carruaje, pero aun allí continuó el pataleo dando numerosas pisañas á la buena anciana. Llegaron por fin á casa, adonde fué necesario subir á Cármen; la criada le quitó allí los malditos zapatos y la niña recobró su quietud.

En vez de arrojar ese ridículo calzado, lo encerraron en un armario de vidrieras, donde iba Cármen á admirarlos diez veces al día.

En esto cayó enferma la anciana señora y los médicos la desahuciaron. Su estado requería el mayor cuidado y el puesto de Cármen era á la cabecera de la cama de su protectora. Desgraciadamente había un gran baile en la ciudad y estaba convidada á concurrir á él; en un principio tuvo intencion de quedarse á cuidar á su protectora, pero la imágen de los zapatos colorados atormentaba su imaginacion: « ¡ Bah! dijo, la buena señora no puede curar; ¿ de qué sirve estarla cuidando noche y día ? » Y apoderán-

dose de la llave del armario, tomó los zapatos y se los calzó diciendo : « Ahora sí que no es pecado ponerse este calzado, puesto que es para un baile, como dijo el inválido. »



En cuyos lindes vió al viejo inválido.

Y hé aquí que sale de casa con sus zapatos colorados, pero otra vez á pesar suyo se pone á dar saltos á derecha é izquierda, llamando la atención de los transeuntes con sus brincos, lo cual no la disgustaba, pero al llegar á la puerta de la casa del baile, se halló sumamente cansada y no la quedaban fuerzas para dirigirse por sí misma. Tuvo, pues, que dejarse guiar por sus zapatos que la llevaron por

medio de calles sombrías al bosque vecino en cuyos lindes vió á la claridad de la luna al viejo inválido que la volvió á repetir : « Buenas noches, linda muchacha, ¡que bonitos zapatos de baile llevas! »

La niña se llenó de espanto y comprendió entónces que aquellos zapatos estaban encantados ; quiso quitárselos, pero no pudo lograrlo, pues parecia que estaban clavados en sus piés y condenados á un movimiento perpétuo, de modo que ni aun agacharse podia para tocarlos con la mano.



Baila siempre, baila con tus zapatos colorados.

Atravesó bailando bosques, campos y praderas.
Salió el sol y creyó la niña que aquel mágico poder

que la arrastraba en pos de sí sin tregua ni descanso, cesaria con la noche ; pero la infeliz se engañó porque no halló ni aun medio de cobrar aliento. Sobre vino una violenta tempestad y continuó saltando y brincando en medio de los relámpagos, de la lluvia y del granizo.

Volvió otra vez la noche y Cármen fué impelida hácia el cementerio : « Los muertos, dijo, no bailan ; este es el campo del descanso y hallaré aquí á lo ménos un alivio á mis tormentos. » Agarróse á un sepulcro, pero el poder que la arrastraba la arrancó de allí, llevándosela consigo.

Pasó por delante de la iglesia y vió la puerta abierta ; quiso refugiarse en el santuario é implorar la misericordia de Dios á quien habia ofendido, pero halló á la entrada un angel cuyas alas le caían hasta el suelo. Su aspecto era severo y tenía en la mano una larga y centellante espada : « Baila siempre, dijo, baila con tus zapatos colorados que es lo único que has amado en el mundo ; baila hasta que tus huesos se peguen á la piel para que se vuelva un pergamino y te convierta en un esqueleto ambulante. Baila por en medio del mundo, y cuando pases por delante de una casa donde haya niñas propensas á la fatuidad y á la vanagloria, llama á la puerta para que vean y sepan adónde conduce el vicio del orgullo. »

¡Piedad! ¡Piedad! exclamó Cármen ; pero no pudo

oir lo que la contestó el ángel, porque los fatales zapatos se la habian llevado ya muy léjos.

Al siguiente dia pasó delante de una casa que le era muy conocida, donde oyó rezar las oraciones de los difuntos y unos hombres negros salieron llevando en hombros un féretro cubierto de flores. Era el de la anciana señora, su bienhechora, á quien habia abandonado enferma para ir al baile. Conoció entónces Cármen que se hallaba abandonada de todos en la tierra y condenada en el cielo.

Los zapatos la llevaron hácia la montaña por en medio de breñas y zarzales que la arañaron toda la cara; llegó á la puerta de una casita, rodeada de matorrales, donde sabía que habitaba el verdugo. Llamó á la vidriera de la ventana diciendo : « Venid, venid pronto por amor de Dios, pues no puedo entrar porque estoy condenada á bailar y dar vueltas. » — El verdugo salió y le dijo : « Tú acaso no sabes quién soy; yo corto la cabeza á los malos. Estoy afilando el hacha, y si quieres ejerceré en ti mi oficio... » — « Sí, respondió Cármen, pero no me cortéis la cabeza porque no podria hacer penitencia por mis pecados; cercenadme los piés con estos zapatos colorados. »

Confesó despues su desmedida vanidad. El verdugo la agarró y de un hachazo la cortó ambos piés, que se escaparon arrastrados por los zapatos, bailando

y dando vueltas por medio de los campos, hasta que desaparecieron en el bosque.



Vivió en los caminos públicos como una pordiosera

La mujer del verdugo tomó á su cargo asistir á Cármen, la dió un ungüento para curarse las heridas y el verdugo la hizo un par de muletas enseñándola los salmos de la penitencia. La pobre mutilada los rezó con fervor, besó la mano al verdugo que habia manejado el hacha bendita y salió de las malezas diciendo : « Ahora que he padecido bastante con esos malditos zapatos encarnados, voy á la iglesia para que vean que estoy perdonada. » — Pero al acercarse al portal, vió sus lindos y amputados piececitos

bailando delante de ella con los zapatos colorados; sobrecogiéndose de espanto y se alejó de allí lo mas aprisa que la permitieron sus muletas.

Vivió en los caminos públicos como una pordiosera, alimentándose con lo que le daban las almas compasivas; las penas la agotaban y no hacía mas que derramar abundantes lágrimas. Al cabo de una semana se dijo : « He sufrido ya hartos tormentos; mi penitencia debe hallarse terminada y creo ser tan digna de entrar en la iglesia como otros que se presentan ante Dios con la cabeza erguida. » Y volvió á tomar el camino de la iglesia, pero á la esquina del cementerio le aparecen otra vez sus piececitos con los zapatos colorados, brincando y dando vueltas. Oprimiósele el corazon y reconoció, por fin, humildemente toda la enormidad de su falta. No fué á la iglesia, pero sí á casa del cura suplicando que la confesara y recibiese como criada para hacer todo lo que sus fuerzas la permitiesen, sin mas salario que un pedazo de pan y un rincon donde dormir.

El ama del cura se compadeció de ella y la recibió. Cármen dió pruebas de muy buena voluntad, trabajando cuanto podia. Estaba siempre pensativa y taciturna, y por las noches oia con la mayor atencion la palabra del digno sacerdote y oraba con fervor. Á pesar de su tristeza y taciturnidad, todos los niños la querian; y cuando oia alabar su linda cara ó gracioso

talle, sacudia la cabeza en signo de desaprobacion, diciendo que todo eso no era mas que pura vanidad mundana.

Un dia de gran fiesta, todo el mundo acudia á la iglesia; ella tambien quiso ir; pero no pudo llegar á tiempo porque no podia andar aprisa con sus muletas.



La infeliz muchacha se echó á llorar amargamente y miéntras los demas estaban oyendo la voz de Dios,

ella subió á su pobre cuarto y se puso á repasar las oraciones de su devocionario.

En medio de su fervor, llevóla el viento los armoniosos sonidos del órgano. Cármen miró al cielo con el rostro anegado en llanto y exclamó : « ¡ Dios mio, socorredme ! »

Al momento resplandeció en torno suyo una luz mas viva que el sol y se la apareció el mismo ángel que habia visto ántes á la puerta de la iglesia, pero en vez de la espada centellante tenia en la mano una rama cubierta de bellísimas rosas ; tocó con las flores el techo, que se levantó, se ensancharon las paredes y Cármen se halló transportada en medio de la iglesia donde resonaba el órgano sagrado. Cuando acabaron los cantos, vióla el cura y la dijo : « Bien venida seas. » — Y ella respondió : « Bendito sea Dios que me ha devuelto su gracia. »

Volvió á tocar el órgano y los niños, con voz suave, entonaron otro cántico. Un alegre rayo de sol atravesó los pintados vidrios de la iglesia y fué á iluminar á Cármen cuyo corazon rebosó de alegría y su alma, elevándose con los rayos solares, voló hácia el cielo, donde nadie le recordó los funestos zapatos corados.



LA MARIPOSA

La mariposa desea casarse, y ya podéis figuraros que quiere escoger la flor mas bonita entre las hermosas. Echa una ojeada escudriñadora sobre los cuadros donde se hallan todas las flores dispuestas y arregladas como niñas que están aguardando que se las convide á bailar. Son muy numerosas, y en tal cantidad, la eleccion es muy dificil ó cuando ménos indecisa. Para ahorrarse trabajo, vuela en derechura la mariposa hácia la margarita, linda florecita quo

muchos aseguran que tiene el don de profetizar cuando los enamorados le arrancan las hojas, y al arrancarlás preguntan á cada una de ellas : « ¿ Me quiere *ella* ó *él* un poco, mucho, con pasión, ó no me quiere ? » La respuesta de la última hoja es la buena. La mariposa fué á preguntarla, no arrancándola las hojas, sino acariciándolas una despues de otra, pues sabía que mas se logra con la dulzura que con la violencia. « Mi querida señora Margarita, dijo, vos sois la mas discreta de todas las flores. Suplicoos que me digáis con cuál de ellas debo casarme. Iré volando á la que me designéis y pediré su mano. »

La margarita no se dignó responderla, porque la mariposa la enojó llamándola señora en vez de señorita, lo cual no era lo mismo. Repitió dos veces la misma pregunta y viendo que no obtenia contestacion, se marchó á llevar á otra parte sus obsequios.

Eran los primeros dias de la primavera y el blanco espino y las campanillas florecian en los campos y jardines : « Lindas florecillas, dijo la mariposa, pero tienen aun el aspecto tímido de colegiales. » Y como casi todas las jovencitas, miraba con preferencia á las personas de mas edad que ella.

Voló hácia las anémonas y las halló algo amargas para su gusto. Las violetas le parecieron muy sentimentales. La flor del tilo era muy pequeña y tenía ademas una numerosa parentela. La flor del manzano

rivalizaba con la rosa, pero se abria hoy para morir mañana, cayendo al primer soplo de viento; un casamiento con un sér tan delicado, duraria muy poco tiempo. La flor del guisante de olor fué la que mas le gustó, por ser blanca y roja, fresca, graciosa, elegante, hacendosa y buen ama de casa. Iba á hacerla su peticion, cuando notó cerca de ella una vainilla en cuya extremidad pendia una flor seca: «¿Qué es eso? dijo — Es mi hermana, respondió la flor. ---; De véras! contestó la mariposa; lo mismo seréis vos un dia. Y al decir esto, se alejó velozmente sin mirar atras.

La madre selva dejaba caer sus ramas por encima de un seto; habia en ellas muchas niñas muy parecidas entre sí, con rostros largos y tez amarilla. «¡Par diez! dijo la mariposa, ¿cómo es posible amar á esas muchachas? » ¿Y él, la mariposa macho, á quién era capaz de amar?

Pasó la primavera y el verano también. Llegó el otoño y la mariposa no se decidió por nadie. Las flores ostentaban en esta estacion sus colores mas vistosos, pero en vano, porque no tenian ya el perfume de la juventud; á esta fresca fragancia es á la que son principalmente sensibles los corazones que ya no son jóvenes, y habia muy poca en los dalias y en los crisantemos. Así es que la mariposa volvió los ojos hácia la menta, como último recurso. Esta planta no florece, pero puede decirse que

toda ella es una flor por el perfume que exhala por todas partes; cada una de sus hojas vale una flor, por el olor con que embalsama el aire. « Esa es la que me conviene, dijo la mariposa; con ella me caso. » Y la hizo su declaracion de amor.

Escuchóla la menta silenciosa y severa y acabó por decirla : « Os concedo mi amistad, si gustáis, pero nada mas. Soy vieja y vos no sois jóven. Podemos muy bien vivir ambos en paz y buena inteligencia, pero en cuanto al matrimonio..... procuraremos, á nuestra edad, evitar la ridiculez. »

Así es que la mariposa no se casó con nadie, por haber perdido su juventud en correr tras de una y otra flor.

Se iba acabando el verano; el tiempo era sombrío y lluvioso. Soplabá un viento frío por entre los sauces, haciendo crujir sus ramas. No era posible vivir al aire libre en la estación de los fríos, y la mariposa buscó un abrigo. Halló por fortuna un asilo en una habitacion bien caliente, donde reinaba la temperatura del verano. Allí hubiera podido vivir con toda comodidad, pero un día se dijo á sí misma : « No basta sólo vivir; se necesita libertad, un rayo de sol y una flor. »

Voló hácia la ventana y tropezó contra los vidrios. Viéronla los niños, la admiraron, la asieron y traspasándola con un alfiler, la clavarón en una caja de curio-

sidades. Era lo mejor que se podia hacer con la mariposa. « Héme aquí sobre un tallo como las flores, se dijo el insecto. Ciertó que no es nada agradable, pero, al cabo y al fin, es una colocacion como otra cualquiera. » Y esta idea la consolaba algun tanto. « Es un triste consuelo, murmuraron, con tono burlon, várias plantas que habia en unas macetas para adornar la habitacion. » « No hay nada que esperar de esas plantas tan bien colocadas en sus tiestos, exclamó la mariposa ya casi moribunda ; están muy cómodamente para ser humanas. »





Hacia cinco años que yacia enfermo en su lecho.

EL ENFERMO

En un antiguo castillo vivian un gallardo caballero y su mujer, que tambien era muy hermosa. Ambos poseian grandes riquezas y Dios los protegia, pues estaban siempre de buen humor y eran muy benéficos; querian que todos los que los rodeaban, fuesen tan felices como ellos mismos.

Por navidad, habia cada año en su casa, en el antiguo salon de los caballeros, un gran nacimiento magníficamente adornado, y con buena lumbre en la chimenea; los cuadros de los retratos de los abuelos estaban adornados con ramas de abeto. Juntábanse allí los dueños de la casa y sus huéspedes; allí reinaban la franqueza, el regocijo y los cantos de alegría.

Los amos no descuidaron á la servidumbre del castillo y las habitaciones de los criados estaban adornadas tambien y provistas de manjares, dulces y juguetes. Los niños pobres del dominio señorial habian sido igualmente convidados á la fiesta y naturalmente las madres acompañaban á sus hijos; estas pobres mujeres, léjos de fijar su atencion e las golosinas, admiraban los presentes útiles que estaban expuestos encima de la mesa, tales como piezas de paño, telas de lana, lienzos, etc; los niños mayores, dotados ya de alguna reflexion, contemplaban tambien estos artículos, pero los menorcitos y los atolondrados no miraban mas que los dulces, almíbares pastelitos y juguetes.

Por la tarde del dia de noche buena, los pobres de la aldea se habian juntado ya en una sala del castillo, y segun la costumbre les sirvieron aves asadas y arroz con leche; por la noche, despues de haber asistido á la representacion del nacimiento hecha con figuras de movimiento, tomaron té, ponche y pasteles

de manzanas, regresando luego á sus casas muy satisfechos y provistos de regalos de navidad.

Una de las familias que recibian mas presentes era la de Pedro y Cristina que, bajo la direccion de un hábil jardinero y sabio agricultor, cuidaban del cultivo de las flores y legumbres; vivian en una linda casita que pertenecia al castillo, y sus dueños eran los que vestian á los cinco hijos de Pedro y Cristina.

« Nuestros amos son buenos y bienhechores, dijo Cristina un dia de Navidad. Es verdad que les es fácil el dar porque son muy ricos; la señora decia el otro dia que su mayor placer es el de socorrer á los pobres.

— Hé aquí buenos vestidos de abrigo que nos ha dado la señora para nuestros cuatro hijos sanos, dijo Pedro. Pero el pobre enfermito, ¿no hay nada para él? Sin embargo, todos los años recibia un buen regalillo. »

El enfermo era el mayor de los cinco hijos. En sus primeros años fué muy vivo y travieso, pero de repente empezaron á flaquear sus piernas y á debilitarse hasta el punto de no poder sostener su cuerpecito; cinco años hacía que estaba postrado en cama.

« Sí, dijo la madre, á mí me han dado un regalito para él; no es mas que un libro, pero como al chico le gusta leer, le distraerá.

— Puede ser, contestó Pedro; pero eso no quita que yo esperaba algo mejor de parte de nuestros amos. »

Juan, el enfermo, quedó muy complacido del regalo; era un muchacho muy despejado, y la lectura de las cosas mas serías le deleitaba. Tenía unas manos muy hábiles y procuraba con ellas ser lo mas útil que su enfermedad le permitia; manejaba bien los moldes y hacía médias, chalecos de lana, y randas de punto de aguja, de las cuales compró una la señora del castillo porque la halló de muy buen gusto. Juan, era en una palabra, un operario tan hábil como laborioso.

La obra que le habian regalado era un libro que contenia muchos cuentos tan morales como instructivos.

« Ese libro para nada sirve en casa, volvió á decir el padre; pero será á lo ménos un pasatiempo para ese pobre Juan, que no puede estar manejando los moldes todo el dia. »

Pasó el invierno y llegó la primavera; empezaron á cubrirse de verdura los céspedes, los árboles de hojas, y la tierra de flores; pero al mismo tiempo aparecieron tambien las malas yerbas, y la grama y la ortiga pululaban por todas partes. Pedro y Cristina tenian mucho que hacer plantando y regando el jardin del castillo para tenerlo en buen estado.

« ¡Qué arduo es nuestro trabajo! dijo Cristina una mañana. Al acabar de limpiar y rastrillar los caminos, vienen los paseantes á ensuciarlos, nos obligan á volverlos á limpiar, y los niños pisan los acirates. Hay que arreglarlos de nuevo. En fin, el maestro jardinero, tú, yo y tres trabajadores, estamos incesantemente ocupados nada mas que en el cultivo de las flores; es verdad que nuestros amos son muy ricos.

— ¡Vaya si son ricos! respondió Pedro. ¡Qué mal repartidos están los bienes de este mundo! Todos somos hijos de Dios, como dice el señor cura, y unos somos pobres miéntras otros nadan en la abundancia.

— Eso proviene del pecado original, respondió Cristina; hemos de trabajar para comer, no hay remedio. » Y al decir esto, volvieron á la tarea desde la mañana á la noche; Juan leía en su libro durante este tiempo.

El improbo trabajo á que les habia condenado la indigencia desde su infancia, no sólo habia encallecido sus manos, sino que endureció tambien su corazon; tenian el humor sombrío, estaban descontentos con su condicion, y como no veian la probabilidad de mejorarla, su mal humor degeneraba en adustez y amargura.

« Sí, dijo Pedro, unos nacen en medio de la opu-

lencia, de las comodidades de la vida y la dicha los sigue por todas partes, mientras otros se consumen en la miseria. ¿Por qué hemos de ser víctimas de la curiosidad y desobediencia de nuestros primeros padres? Á fe que si Cristina y yo hubiésemos estado en el paraíso, nos hubiéramos portado de otro modo.

— Hubierais hecho lo mismo, exclamó Juan. Mirad, así está impreso en mi libro.

— ¿Qué sabe ese libro? respondió Pedro.

— Escuchad, replicó Juan; y les leyó entonces el antiguo cuento del leñador y de su mujer que tambien se quejaban de lo injusto que era el hacerles responsables de la falta de Adán y Eva.

« Un día, estando el rey de caza, atravesó la selva » y les oyó exhalar su sempiterna queja. « Buena » gente, les dijo, van á acabar vuestras penas; seguidme y venid á mi palacio donde seréis tratados » como yo mismo. Sirviéronles, en la comida, siete » platos variados, pero uno, el octavo, tapado con otro » era de la mas rara porcelana y delicadamente pintada. Guardaos de levantar la tapa, se les dijo, » porque, si no, se desvanecerá la felicidad que os » está destinada. »

« Cumpliósse lo que mandó el rey. El leñador y su » mujer estaban espléndidamente tratados y se regalaran con los manjares de los siete platos. « Qué » es lo que habrá oculto en esa hermosa porcelana?

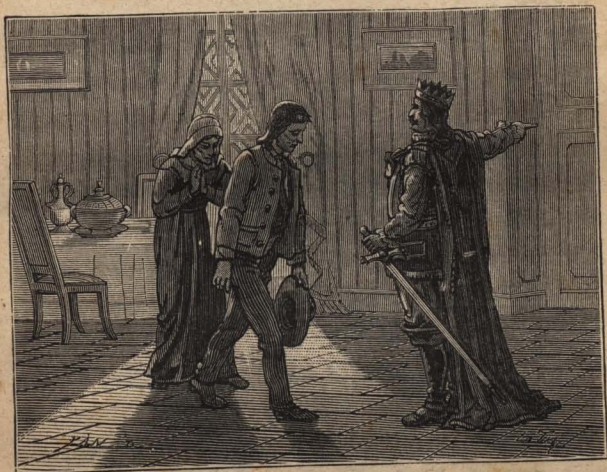
» dijo un dia la mujer — ¿Qué nos importa, contestó
» el leñador ! — No soy curiosa, en general, volvió á
» decir la mujer, pero estoy impaciente por saber
» á lo ménos, por qué no podemos destapar ese plato.
» Hay, sin duda, dentro, alguna exquisita golosina
» reservada para el rey solo. — Á ménos que sea
» alguna sorpresa mecánica, dijo el hombre; hay
» quizá algun resorte que, al menor contacto, hará
» disparar un pistoletazo que se oirá en todo el pa-
» lacio. — ¡Dios mio! que estás ahí diciendo, replicó
» la mujer, que no se atrevió entónces ni aun á mirar
» el plato. »

« Pero á la noche siguiente, vió en sueños al dichoso
» plato tapado levantarse por sí solo en el aire y que-
» dar suspendido, exhalando un olor delicioso que re-
» cordaba el ponche mas exquisito que pudiera be-
» berse en una boda. Brillaba en el fondo una gran
» medalla de plata en la cual habia grabadas estas pa-
» labras : Si bebéis mi licor, llegaréis á ser los mas
» ricos del universo y todos los demas serán unos po-
» bretes al lado vuestro. »

« Despertóse en este mismo instante y contó á su
» marido este hermoso sueño. « Eso no prueba mas
» que una cosa, le respondió, y es que tienes puestos
» tus cinco sentidos en ese plato. »

« Cuando se sentaron de nuevo á la mesa, dijo ella :
» ¿Por qué no levantaríamos un poquito la tapadera

» del plato, tomando las mayores precauciones para
» echar sólo una ojeada sobre lo que hay dentro? —
» Bien, contestó el leñador, pero anda con el mayor
» cuidado. » — Y procediendo con mucho tiento, le-
» vantó la mujer un poquito la tapadera del plato,
» pero, en el mismo instante, dos ratoncitos blancos,
» que estaban dentro, saltaron afuera y se escaparon
» por un agujero que habia en el suelo. Llena de es-



Ya podéis tomar vuestros primitivos vestidos.

» panto, la imprudente mujer dejó caer la tapa, que se
» quebró, y al ruido acudió el rey, que les dijo muy
» enojado :

« ¿Acusaréis ahora de nuestros males á Adán y
» Eva? Habéis sido tan imprudentes é ingratos como
» ellos, y no merecéis consideracion alguna. Ya po-
» déis tomar vuestros primitivos vestidos y volved
» con ellos al bosque á llevar la misma vida que
» ántes, la cual os parecerá mas amarga que nunca. »

« Es muy singular, dijo Pedro, que se halle este
cuento en ese libro; parece que se ha escrito para
nosotros. No importa, añadió, me dará mucho qué
pensar. »

Al siguiente dia hubo mucho que hacer en el jardin.
Pedro y Cristina estuvieron expuestos muchas horas
á los rayos abrasadores del sol, y despues sobrevino
una copiosa lluvia que les caló hasta los huesos. Esta-
ban, como es natural, de muy mal humor y poseidos
de ideas muy sombrías, y cuando volvieron á su pobre
choza, cenaron frugalmente con leche y pan moreno.
Era á la caída de la tarde, y como aun se veia bastante
claro, dijo Cristina á Juan :

« Vuelve á leernos el cuento del leñador. — Con
mucho gusto, respondió el niño, pero en mi libro hay
otros cuentos muy bonitos é instructivos que no cono-
céis aun. — No importa, contestó Pedro, á mí me
gusta oir los cuentos que ya conozco y no otros. »

Juan leyó el cuento que le pedian sus padres y lo
repitió varias noches.

« Cuanto mas reflexiono en lo que ha sucedido á

esos pobres leñadores, mas comprensibles me parecen ciertas cosas, dijo Pedro. Sin embargo, no me parece aun eso del todo claro, pues sucede con los hombres lo que con la leche, que al principio se presenta como una sola masa y luego se separan las partes de que están compuestas; con una de ellas, con la buena, se hace la manteca y los quesos; y la otra, que es la mala, forma el suero. Asimismo, veis por una parte los desgraciados, aquellos que no tienen suerte en nada, y por otra los ricos, aquellos á quienes sonríe en todo la fortuna y no tienen idea de lo que son trabajos y sinsabores. »

Juan, á quien su enfermedad daba acaso mas derecho para quejarse de su suerte, no aprobaba las ideas de sus padres porque, á falta de bienes de fortuna, habia recibido de la naturaleza un recto juicio; y para consolar á sus padres, les leyó otro cuento instructivo de su libro, que tenía por título « el hombre sin penas ni cuidados. »

« ¿Dónde se hallará este hombre, este sér único? Era necesario descubrirlo. El rey estaba muy enfermo y los mas célebres médicos declararon que no curaría como no se pusiese la camisa de un hombre que pudiese decir con toda verdad que no habia tenido en su vida penas ni cuidados.

» Enviáronse emisarios á las cuatro partes del mundo, que registraron los palacios, castillos, las sun-

ANDERSEN.

tuosas habitaciones de los ricos, y en todas partes sus habitantes confesaron que no habian dejado de tener en su vida una pena ú otra.

» Pues yo, dijo un porquerizo que estaba sentado al borde de un foso, en toda mi vida no he hechomás que reir y cantar y no he cesado un momento de estar alegre y contento; es cuanto me ha sucedido.



No he cesado un momento de estar alegre y contento.

» Este es el fénix que buscamos, exclamaron los emisarios del rey. Mira, afortunado porquerizo, vas á darnos tu camisa para llevársela al rey, y tendrás en cambio la mitad de su reino.

» Pero ¡oh sorpresa! Aquel hombre tan dichoso no tenía camisa. »

Al oír este cuento, Pedro y Cristina soltaron una gran carcajada y continuaron riendo de buena gana largo tiempo, cosa que no les había sucedido muchos años hacía. En aquel mismo momento, el maestro de la escuela del lugar pasó por casualidad por delante de la choza.

« ¿Qué es eso? preguntó; ¿á qué viene esa alegría? ¿Os ha caído la lotería?

— Qué lotería ni qué calabazas, respondió Pedro. Mi hijo Juan acaba de leernos el cuento del hombre sin penas ni cuidados, y el chusco no tenía camisa. Eso derrama una gota de bálsamo en nuestro corazón, sobre todo cuando se lee impreso en un libro. ¡Vaya! los ricos que tan envidiados son, tienen también sus trabajos como nosotros pobres peleles. Bien dice el refrán, mal de muchos, consuelo de locos.

— En efecto, contestó el maestro, dice usted muy bien que es un consuelo, y según otro refrán, « de médico, poeta y loco, todos tenemos un poco. » ¿Pero quién te ha dado ese libro, Juan?

— Nuestros amos se lo regalaron en estas últimas navidades, dijo Cristina, porque saben que á Juan le gusta leer y eso le distrae. En aquel entonces hubiéramos preferido un par de camisas nuevas, pero ahora

vemos lo útil que es el regalo que le han hecho, por las buenas cosas que en él se encuentran. »

El maestro tomó el libro y se puso á hojearlo. Pedro y Cristina le pidieron que leyese á su vez los dos cuentos que les habian interesado tanto. Estos dos cuentos fueron para esa buena gente un rayo de luz que iluminó su pobre choza y disipó las tétricas ideas que les ennegrecian las cosas de este mundo.

En cuanto á Juan, leyó y releyó repetidas veces todo el tomo, y sus cuentos transportaron su ánimo á regiones donde sus débiles piernas no hubieran podido llevarle jamas.

Largo rato permaneció el maestro al lado del interesante enfermito, hallando sumo placer en conversar con él, pues la enfermedad y el aislamiento, léjos de debilitar su inteligencia, la habian, al contrario, desarrollado con la reflexion, sin agriar su corazon, porque lo tenía excelente. ¡ Con qué placer oia Juan las lecciones que el buen institutor le daba en las frecuentes visitas que le hacía de un modo tan desinteresado como amable ! ; Con qué atencion escuchaba lo que le referia sobre la extension de la tierra y los mares, y las maravillas del mundo ! ; Cuánto se alegró de saber que el sol es medio millon de veces mayor que nuestro globo y tan lejano que una bala de cañon gastaria mas de veinte y cinco años para recorrer la distancia que le separa de la tierra, siendo así que los

rayos solares no necesitan para ello mas que ocho minutos.

No hay discípulo que no sepa estas nociones desde la edad de siete ú ocho años, pero para Juan eran cosas nuevas y las hallaba mas maravillosas que los cuentos de su libro.

El maestro comia tres ó cuatro veces al año en el castillo, con los señores, y en el primer convite que recibió no desperdició la ocasion de contar el importante papel que representó en la pobre choza el libro de cuentos que regalaron á Juan, pues sólo dos de estos habian bastado para reanimar el valor abatido de Pedro y Cristina, infundiendo ademas el enfermo, con su lectura, la alegría en toda la familia.

Al despedirse le entregó el capellan del castillo dos escudos de plata para que los diese á Juan: En cuanto este los recibió dijo alborozado : « Este dinero es para papá y mamá. — ¡Mira, exclamó Juan, quién hubiera dicho que nuestro hijo, postrado en su cama, ha hecho recaer la bendicion sobre su familia!

Pocos dias despues, estando Pedro y Cristina ocupados en el jardin, el coche de los señores se paró á la puerta de la choza y la castellana, que era la misma bondad, se apeó y entró hasta el pié de la cama de Juan. Muy complacida y lisonjeada por el fruto que sacó el muchacho del libro de cuentos, le traia bizcochos, fruta, una botella de jarabe de or-

chata y, con gran contento de Juan, una jaula dorada con un lindo pinzon que no cesaba de gorjear su alegre canto. La señora colocó la jaula encima de la vieja cómoda, al lado del lecho, para que el interesante enfermito pudiese ver saltar y revollear al gracioso pajarillo.

Pedro y Cristina, que no volvieron hasta el anoche-
cer, se alegraron de la visita de los amos y de la satisfac-
cion que causó á Juan; pero hallaron que, entre
los regalos, la jaula del pinzon era para ellos una
nueva faena el tener que limpiarla.

« Esos ricos, dijo Pedro, no se hacen cargo de la
situacion de los pobres. Ahora tenemos que cuidar
ese pájaro, ya que Juan no puede hacerlo, y Dios
quiera que el gato no acabe por comérselo un día y
se acaben de una vez los gorgoritos.

Pasó una semana y luego otra y el gato entró mu-
chas veces en el cuarto sin hacer caso del pájaro y
sin que este se asustase al verle.

Pero sobrevino entónces un gran acontecimiento.
Una tarde, los padres estaban en el jardin y sus hijos
en la escuela; Juan, solo en casa, leia en su libro
el cuento del pescador que habia recibido el
don de ver realizados todos sus deseos. Habia aspi-
rado á las cosas mas extravagantes, pues quiso ser
rey, y lo fué; emperador y lo fué tambien, pero ha-
biendo querido ser Dios, recibió un espantoso trueno

que le aturdió, y cuando volvió en sí, se halló vestido con sus toscos y primitivos vestidos delante de su canasto de pescados.

El cuento no tenía ninguna relacion con lo que iba á pasar entre el gato y el pájaro, pero lo cierto es que ese era el cuento que Juan estaba leyendo cuando ocurrió el suceso que vamos á referir y del cual se acordó toda su vida.

La jaula estaba, pues, encima de la cómoda y el gato, agachado en el suelo y encogién dose, miraba fijamente al pájaro con unos ojos de traidor que estaban diciendo : « ¡ Ah pajarito, con qué gusto te comería ! » Juan comprendió ese lenguaje tan mudo como expresivo y gritó al animal : « ¡ Zape, marcha de aquí ! ¡ pronto ! »

Pero el gato, sin obedecer esta órden, bajó la cabeza y se preparaba á saltar. Juan no podia echarle y sólo tenía, para ahuyentarle, su querido libro de cuentos. Viendo el peligro en que se hallaba el pinzon, no titubeó en arrojarlo á la cabeza del gato, pero el tomo, á fuerza de hojearlo, tenia descosidas las hojas que se desparramaron, al caer, y ninguna tocó al animal. Este se ladeó un poco en ademan de reflexionar como quien dice : « Juan, no tengo miedo de ti, porque no puedes ni andar ni saltar y yo hago lo uno y lo otro ; así pues, no me impedirás de hacer lo que quiera. »

Y el maldito gato se acercó de nuevo á la jaula y volvió á mirar fijamente al pajarillo que revoloteaba lleno de espanto prorumpiendo en gritos lastimeros. «¿No hay nadie en casa? gritaba tambien Juan; ¿no hay nadie en la vecindad que pueda venir á socorrernos?

No parecia sino que el gato adivinaba lo que estaba pasando, pues encorvó el espinazo para dar el salto. Juan agarró la manta de la cama y la agitó para ahuyentar al animal; luego se la arrojó, pero sin lograr que se alejase, ántes bien, saltó sobre una silla y de allí al antepecho de una ventana junto á la jaula.



...dió Juan un agudo chillido.

La sangre hervia en las venas del pobre enfermo que no pensaba mas que en el riesgo que corria su querido pajarito y en el atrevimiento cruel del gato.

¿Cómo podría impedir tan inminente castástrofe? Parecía que el corazón se le salía del pecho cuando el gato, saltando sobre la jaula, la derribó, y el desgraciado pinzon, medio muerto de miedo, se agitaba convulsivamente estrellándose contra los alambres.

En su desesperacion, dió Juan un agudo chillido y experimentó en todo su cuerpo una violenta conmocion; de repente, sin saber cómo lo hizo, hé aquí que halla fuerzas para saltar fuera de la cama, subir á la silla, ahuyentar al gato, y cogiendo la jaula con ambas manos, salió corriendo fuera de la choza.

Reflexionó entónces y llorando de alegría exclamó: « Ya puedo andar, ya estoy curado! »

Recobró, en efecto, el uso de sus piernas. Más adelante, leyó en las obras científicas que á consecuencia de una terrible y repentina conmocion, hay enfermedades, como la que él padecía, que suelen curarse alguna vez que otra, y la suya fué uno de esos raros casos de curacion.

El institutor vivia cerca de allí y Juan fué corriendo á su casa, descalzo, en calzoncillos, tal como salió de la cama, y llevando la jaula en la mano. El buen maestro no daba crédito á sus ojos.

« Ya puedo andar, gracias á Dios todopoderoso, ya puedo andar », exclamaba Juan fuera de sí y sollozando de gozo. El que experimentaron Pedro y Cris-

tina, cuando supieron el milagro que habia curado á su hijo, es indecible; ni ellos ni sus demas hijos se cansaban de abrazar á Juan. Una leve nubecilla vino sin embargo á turbar algun tanto aquella alegría: el interesante pinzon, á quien el pobre enfermito debia su cura, habia muerto de terror. La familia le enterró al pié del rosal más hermoso que habia en el jardin.

Á la mañana siguiente llamaron á Juan al castillo adonde seis años ántes fué por última vez; parecíale que los tilos, los abetos y todos los demas árboles, que conoció en los primeros años de su vida, meneaban las ramas para saludarle y darle la enhorabuena.

Los bondadosos castellanos le recibieron del modo mas cordial y afectuoso, acompañándole en su satisfaccion y en la de su familia. Juan les prometió conservar toda su vida el excelente libro que le habian regalado y que tanto le consoló, y tener siempre presente la memoria del buen pajarillo, causa terminante de su maravillosa cura.

« Ahora, dijo, podré ser útil á mis padres y aprender un oficio. Yo quisiera ser encuadernador, porque así podria leer los libros que se publicasen. »

Por la tarde enviaron los señores á buscar á Pedro y Cristina para decirles que habian deliberado sobre el porvenir de su hijo. « Es un muchacho muy dócil

y despejado, dijo la bondadosa castellana ; manifiesta las más felices disposiciones para el estudio, y con la ayuda de Dios prosperará. »



¿Nos dará Dios bastante vida para que volvamos á ver aquí á nuestro hijo?...

Regresaron á su casa los padres de Juan llenos de satisfaccion; Cristina, sobre todo, estaba loca de contento; pero, ocho dias despues, su alegría se trozó en lágrimas, al despedirse de su hijo que partia para ir á seguir la carrera á que le destinaban. Lleváronle á una ciudad distante cuarenta leguas de la aldea, donde habia una famosa escuela en la que debia aprender ciencias y el latin. La señora del castillo le abasteció

de cuanto necesitaba y se encargó de que nada le faltase para su educacion.

Juan no se llevó su libro de cuentos porque, considerándolo como un patrimonio de familia, lo dejó encomendado á sus padres. Pedro leia frecuentemente en él los dos cuentos que ya conocia, sin tomarse la molestia de aprender otros por no saber leer de corrido.

Cada vez que Juan escribia, eran sus cartas mensajeros de satisfaccion y alegría. La castellana le habia confiado á muy buenos maestros que le educaban con el mayor esmero y él correspondia con su aplicacion y buena conducta á los beneficios de sus protectores. Todos estaban muy contentos de él y cuando llegó el caso de seguir una carrera, escogió la de institutor, para dedicarse á su vez á la educacion de la niñez.

¿Nos dará Dios bastante vida para que volvamos á ver aquí á nuestro hijo dirigiendo la escuela del lugar, como nos ha prometido nuestra excelente ama? decia Juan una noche, delante del hogar y en medio de su familia.

En todo caso, respondió Cristina, moriremos tranquilos sobre la suerte de nuestro querido Juan. Dios protege tambien á los hijos de los pobres. La historia del nuestro es maravillosa : se creeria que está sacada del libro de cuentos.



Y se puso á patalear de puro gozo.

HA DE HABER UNA DIFERENCIA

Se acercaba el verano y la primavera habia sido magnífica; árboles, sotos, prados, campos, presentaban el aspecto más halagüeño; las flores se contaban por millares y el brillo de sus colores regocijaba la vista y embalsamaba el aire.

Habia en el extremo del paseo, en un manzano joven, una rama de forma elegante y graciosa, llena de flores rosadas próximas á abrirse; era el verdadero emblema de la primavera. Bien sabía la linda ramita lo hermosa que era, y así es que no extrañó ver pararse delante de ella un elegante coche y apearse una condesita que dijo con admiracion: « Mire usted, mamá, esta preciosa rama de manzano; es digna de servir de corona á la misma Flora. »

Y la niña cortó la rama, la tomó con sus manecitas delicadas, la preservó con su sombrilla de los ardores del sol y con permiso de su madre dió la órden de volver á su palacio. Subió por una soberbia escalera de mármol y, despues de haber atravesado unos suntuosos aposentos, llegó á un espacioso salon, espléndidamente adornado con lujosas colgaduras. Habia en magníficos floreros ramilletes de rarísimas flores, y la bella condesita hizo colocar en el mejor puesto un jarro de alabastro en el que metió la rama de manzano con otras de haya, sombrías y frondosas, en medio de las cuales sobresalian las flores de color de rosa del manzano.

Era un verdadero recreo para la vista, hasta el punto que la rama se envaneció y llenó de orgullo con esas demostraciones de admiracion. No hay que vituperarla, porque los hombres hacen otro tanto.

Visitaban el palacio de la condesa personas de toda

categoría, entre las cuales unas se contentaban con mirar en silencio y otras se tomaban la libertad de expresar su modo de pensar; de estas últimas había algunas que hablaban poco y otras charlaban demasiado, diciendo más tonterías que cosas sensatas. En medio de esta locuacidad, la hermosa ramita, que se trató varias veces en las conversaciones, comprendió una cosa y es que en todo, aun entre los vegetales, existen grandes diferencias. « Hay plantas, decía entre sí, que sólo sirven de adorno; otras que halagan el olfato; otras son buenas para el alimento, y otras, en fin, que no se sabe para qué sirven y valdria más que no existiesen. » Y como estaba colocada cerca de la ventana, echaba al mismo tiempo una mirada escudriñadora al jardín y á los campos, examinando atentamente las variedades de plantas que allí se cultivaban, muchas de las cuales eran de aspecto bastante feo y raquíticas.

« ¡Pobres criaturas abandonadas! dijo la rama mirando estas últimas; la naturaleza ha sido para vosotras una verdadera madrastra; ¡qué desgracias deben de ser, si, como yo y mis semejantes, tienen conciencia de lo que valen! Por otra parte, es preciso que haya una diferencia, pues las hay que están arriba y otras debajo de la escala. Sí, no hay remedio, es necesario que haya una diferencia, pues sin ella seríamos todas iguales. »

Y la rama contemplaba con una compasion particular á una planta que pululaba en los campos, fosos y aun entre las piedras.

Nadie la arrancaba para hacer ramilletes, porque muy ordinaria y tenía un nombre muy feo : « ente de leon ».

« ¡ Desgraciada ! dijo la rama de manzano ; ¡ cómo te desprecian ! Sin embargo, no es culpa tuya si tienes un aspecto tan triste y un nombre tan terrible ; pero entre los vegetales, como entre los hombres, es necesario que haya una distincion de clases, y tanto peor para los que son los últimos. Una diferencia es necesaria. »

Apareció un rayo de sol que fué á acariciar á la rama de manzano y á los pobrecitos dientes de leon del campo y de los fosos ; los demas rayos de sol acariciaban igualmente todas las flores sea cual fuere su belleza y lozanía.

La bella rama no habia reflexionado nunca que el amor del Criador es infinito y abraza lo mismo todo cuanto vive y se mueve en la tierra ; nunca habia advertido que hay cosas buenas y hermosas que permanecen ocultas y que no se debe juzgar por las apariencias. ¿ Pero qué tiene de extraño que la ramita pensase asi, cuando los hombres hacen lo mismo ?

El rayo de sol, la luz pura, que sabía interpretar mejor la voluntad de Dios, dijo á la planta : « Me

parece que no ves con claridad; dime qué planta es esa que tanto desdeñas y compadeces. — Es el pobre diente de leon, respondió la rama. Nadie hace ramilletes con él, nadie le coge y todos le pisan sin el menor escrúpulo. Es verdad que abunda en demasía y cuando está espigado forma unos copos de lana vieja que vuela y se pega á los vestidos. Es una mala yerba, pero necesaria, porque ha de haber diferencias entre los vegetales; en cuanto á mí, me felicito y doy gracias al Criador porque no me ha colocado en un grado tan inferior como ese desgraciado diente de leon. »

En esto apareció corriendo por la pradera una bulliosa cuadrilla de niños que llevaban en andas á otro tan pequeñito que apenas podia andar. Luego que vió un césped de diente de leon, pidió que le sentasen encima de ese monton de flores amarillas y se puso á patalear y reir de placer; despues hizo un ramillete y le dió un beso con todo el candor de su inocencia.

Los demas niños, que eran ya mayorcitos, arrancaron las flores de los tallos y las ensartaron unas en otras, haciendo collares, brazaletes y grandes cadenas con una cruz, que se colgaron al cuello y les llegaba á los ojos; así se gallardeaban y se divertían como modestas como des-

pre

« Ya ves que hay quien aprecia á esos dientes de leon y se recrea con ellos, dijo el rayo de sol á la rama.

— En efecto, contestó esta, es buena para divertir á los niños.

— Tiene aun otra cualidad más preciosa que no poseen muchas flores llenas de belleza; sus hojas y raíces son un remedio en algunas enfermedades y los pobres enfermos hallan en ellas un alivio á sus dolencias. »

Al decir esto, llegó una buena vieja con una navaja en la mano y se puso á cortar dientes de leon; les quitaba las raíces para venderlas á un fabricante de café de achicoria, y llevar las hojas al mercado donde se compran para hacer ensalada.

« Segun se ve, dijo la rama, esa planta no carece de utilidad, pero está excluida del imperio de lo ideal y lo bello; allí no entran más que algunos privilegiados. Cada vez es mayor mi conviccion de que hay plantas de diferentes distinciones, lo mismo que entre los hombres. »

El rayo de sol hizo observar que todas las criaturas son iguales ante el amor infinito del Todopoderoso y que el universo entero está regido con la misma justicia.

ma,

Abrióse entónces la puerta del salon y entraron de regreso de paseo, el conde, la condesa y la condesita. La linda niña no hacía gran caso en aquel momento de la ramita de manzano que con tanto cuidado colocó en el jarro de porcelana. Andaba muy despacito y llevaba en las manos, con la mayor precaucion, cierta cosa encerrada en un cucurucho de hojas de fresno; hizo cerrar puertas y ventanas para que una corriente de aire cualquiera no se llevase lo que guardaba con tanto cuidado; no habia tomado tantas precauciones cuando tomó y se llevó la rama de manzano, á pesar de su hermosura.

Luego separó con el mayor tiento las hojas de fresno que formaban el cucurucho: ¿y qué se diria que sacó? Una flor en granos de aquel diente de leon tan despreciado. Y la curiosa niña adaptó toda clase de precauciones para preservar de cualquier choque, ó del más ligero soplo, aquel haz tan maravillosamente formado de unos filamentos tan lindos, finos y delicados. Los cuidados de la condesita tuvieron el éxito que deseaba, porque el copo, más ligero que el polvillo, estaba intacto y todos los circunstantes admiraron su ingeniosa disposicion.

« ¡Cómo se manifiesta el poder de Dios en las cosas más mínimas! dijo la condesita. » Traedme mi caja de colores para que pinte esta maravilla tan delicada en una misma tela, con mi rama de manzano;

ambas, cada cual en su clase, llevan la marca de lo bello. Los hombres pueden desdeñar y tratar de vulgar la pobre flor, pero ella no tiene por qué quejarse de Dios.

Y el rayo de sol acarició el diente de león y á la ramita, que se sonrojó algun tanto al ver la despreciada planta puesta al lado suyo bajo un mismo pié.





« Soy de vuestro parecer » dijo el mulo.

LOS CORREDORES

Ofrecióse una vez un premio, dos premios, un primero y segundo premio á los que diesen pruebas de la mayor velocidad, no en una sola carrera, sino durante un año entero.

El primer premio lo ganó la liebre. « Me han hecho

justicia, dijo el cuadrúpedo; es verdad que entre los examinadores tenía bastantes parientes y amigos para estar segura de ganar; ; pero que el caracol haya obtenido el segundo premio! es cosa que considero como una ofensa para mí. »

— Nada de eso, la respondió el poste que apareció como testigo en la deliberacion del jurado examinador; fué necesario tomar en consideracion su perseverancia y buena voluntad; así lo han expuesto personas muy respetables y yo lo hallo justo. El pobre caracol, no cabe duda, que ha gastado seis meses en arrastrarse desde la puerta hasta el fondo del jardin, y otros seis meses para volver; pero en atencion á sus fuerzas, es una gran rapidez, y en prueba de ello es que se ha roto un cuerno al tropezar con una raíz. Todo el año no ha hecho más que pensar en la carrera á pesar de llevar la casa á cuestas. Eso merecia una recompensa y hé aquí por qué le han dado el segundo premio.

— Bien hubieran podido admitirme en el certámen, interrumpió la golondrina. No creo que haya nadie que hienda el aire, ni gire ni dé vueltas con tanta rapidez como yo. Vuelo con tal velocidad, que he llegado hasta el extremo de la tierra.

— Sí, respondió el poste, pero eso es precisamente vuestra desgracia. Sois demasiado vagamunda, corriendo continuamente por tierras y mares y partís

como una flecha á países lejanos cuando aparece el frio en los nuestros. No tenéis patriotismo, y el haberos excluido del certámen ha sido un acto de justicia.

— ¿Y si en todo el invierno anido en un hoyo cualquiera para dormir como hacen las marmotas durante los frios, me admitirán entónces á disputar el premio? dijo la golondrina.

— Ciertamente que sí, declaró el poste, pero será necesario que traigáis un certificado de la vieja hechicera que reina en las madrigueras, para que conste que habéis pasado el invierno en nuestros climas.

— Yo merecia el primer premio en vez del segundo, murmuró el caracol. Yo sé una cosa y es que lo que hacía correr á la liebre como si se la llevase el diablo, es su cobardia, porque en todo y en todas partes ve enemigos y peligros. Yo, al contráριο, he escogido la carrera como objeto de mi vida y he ganado una honrosa cicatriz; por consiguiente, si álguien era digno del primer premio, ese era yo. Pero yo no sé alabarme, lisonjear á los grandes, desprecio las adulaciones y me repugnan las bajezas. »

Y el buen caracol escupió en signo de desprecio.

« Oid, dijo el viejo poste que habia sido uno de los examinadores del certámen, los premios se han adjudicado con equidad y discernimiento; lo sostengo contra todos y á pesar de todo, á lo ménos en lo tocante

á mi voto, pues procedo siempre con órden y despues de madura reflexion. He sido ya siete veces miembro del certámen y esta es la primera vez que he logrado que adopte mi parecer la mayoría.

» Sin embargo, cada vez fundaba mi dictámen sobre principios. ¡ Vaya ! admirad mi sistema. Esta vez, hallándonos á doce del mes, he seguido las letras del alfabeto desde el *a*, y contando hasta la duodécima, llegué á la *l*, de modo que el primer premio le cupo á la liebre. En cuanto al segundo, adopté el mismo medio, y como eran las tres cuando empezó la votacion, me paré en la *c* y di mi voto al caracol.

» La próxima vez si se conservan las fechas fijadas, el primer premio recaerá en la letra del alfabeto que tenga el mismo número de órden que el del dia del mes en que se juzgue el certámen, y el segundo el de la hora de la votacion. Se necesita en todas las cosas regularidad y partir de un punto fijo.

— Soy de vuestro parecer, dijo el mulo; y si yo no hubiese sido miembro del jurado, me hubiera dado el voto á mí mismo, porque, al cabo y al fin, no consiste todo en la velocidad; hay que tener cuenta de otras cualidades como, por ejemplo, la fuerza muscular que me permite llevar una pesada carga andando al trote. De esto no se trató en la deliberacion del certámen, porque ninguno de los candidatos reunia esa condicion. Tampoco tomé en consideracion

la prudencia, la astucia de la liebre, su habilidad en dar de repente un desmedido salto de lado para hacer perder la huella á los perros y al cazador.

» En lo que más me he fijado es en considerar la belleza, que es una cualidad muy esencial. En igualdad de mérito, dije entre mí, daré mi voto al más hermoso. ¿Hay por ventura en el mundo nada más hermoso que las largas orejas de la liebre, tan móviles y flexibles? Es mucho gusto el verlas caer hasta en medio del espinazo; me parecia estarme viendo á mí mismo tal como era en los dias de mi más tierna infancia; así es que no he titubeado en votar por la liebre.

— ¡Bah, dijo la mosca, permitidme una mera observacion. Yo, que tengo el honor de hablaros, he alcanzado en la carrera más de cien liebres. Me coloco con frecuencia en la locomotiva de los trenes, donde se está con toda comodidad para juzgar de su propia velocidad. ¡Cuántas veces me ha sucedido entónces dejar atras á las liebres más ligeras! No hace mucho que un lebratillo de los más ágiles, galopaba delante del tren; llego yo, y tuvo que hacerse á un lado para cederme el puesto; pero como no pudo apartarse á tiempo, una de las ruedas de la locomotiva le alcanza y le corta la oreja derecha. Hé aquí lo que se gana luchando conmigo, y ya podéis ver con cuánta facilidad batiria yo á vuestro vencedor; pero yo no necesito premio.

— Tomó entónces la palabra el agavanzo, y con voz bastante baja por ser algo silvestre y nada comunicativo, dijo sin timidez : « Me parece que á quien se hubiera debido conceder el primer premio de honor y aun el segundo, es al rayo de sol, pues en un abrir y cerrar de ojos recorre el inmenso espacio que média desde el sol á la tierra, y pierde tan poco de su fuerza, que él es el que anima toda la naturaleza. Á él es á quien yo y las rosas mis hermanas, debemos nuestro brillo y perfume. La sábia é ilustre comision del certámen ni siquiera se ha acordado de esto. Si yo fuese rayo de sol, les arrojaria un rayo de calor que los volveria locos.

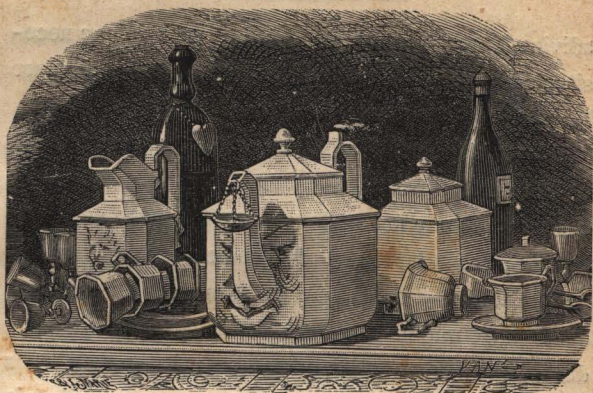
» Pero no iré á criticar en alta voz su fallo. Es dulce vivir y florecer junto al verde y fresco soto y no hay necesidad de andar en vanas disputas. Por otro lado, el rayo de sol tendrá su desquite porque vivirá más tiempo que todos nosotros.

— ¿Y en qué consiste el primer premio? interrumpió una voz que salia de debajo tierra, y era la de un gusano que acababa en efecto de salir de su agujero, donde habia dormido hasta entónces, sin lo cual hubiera concurrido al certámen.

— El vencedor, respondió el mulo, tiene derecho de entrar, toda su vida, en una huerta sembrada de coles y de saciarse en ella hasta más no poder. Yo soy quien he propuesto este premio, porque habiendo

adivinado que lo ganaria la liebre, discurrí que necesitaba una recompensa que le fuese útil; y siempre he estado por las cosas prácticas.

» Hé aquí, pues, la liebre, que tiene lo que necesita; en cuanto al caracol, tiene derecho de permanecer cuanto tiempo le acomode en ese hermoso seto que circunda ese jardin y de comer cuanto quiera de las flores y hojas que le adornan. Es ademas, desde hoy, miembro y juez de la junta de examinadores, porque es muy importante para nosotros tener en la comision á alguién que sepa por experiencia propia las dificultades del certámen. Y á juzgar por la sabiduría de que acabamos de dar pruebas, la historia hablará de nosotros un dia. »



Pero ella no decia una palabra de su tapadera.

LA TETERA

Habia una vez una tetera tan orgullosa que no hacía más que ostentar el dorado y la pintura de su fina porcelana, su largo y elegante pico, y sus asas anchas y cómodas; todo esto era exacto, pero la linda tetera no decia nada de su tapadera, porque estaba rajada y recompuesta; ya se ve, á nadie le gusta hablar de sus propios defectos; por desgracia, otros se encargan de hacerlo. La tetera sabía bien que las tazas, el azucarero, el jarrito de la leche y hasta la bandeja se entretendrian más bien de su remendada

tapadera, que de su pico graciosamente encorvado y de los hermosos dibujos que la adornaban.

« Los conozco á fondo, decia; y sé tambien lo que me falta, pues estoy llena de modestia. Todos tenemos nuestros defectos, pero en cuanto á las buenas cualidades, unos tienen más y otros ménos. Las tazas tienen un asa y el azucarero una tapadera, pero yo tengo ambas cosas y ademas un pico de un gusto exquisito; soy, en una palabra, la reina de todo el juego de té. Pero no nos detengamos en esas perfecciones simplemente exteriores: el azucarero, el jarrito de la leche, ¿qué es lo que contienen? Cosas buenas y agradables al paladar, pero accesorias; yo encierro en mi seno una bebida exquisita y benéfica. Los humanos acuden á mí para refrigerarse deliciosamente y conservar su salud y buen humor; transformo, con ayuda de las hojas que traen de la China, la insípida agua caliente en un néctar divino. »

Esto y otros discursos semejantes repetia con frecuencia la tetera. ¡Qué ufana se ponía cuando la agarraba la blanca y delicada mano de una señorita para servir el té á una elegante reunion en una sala lujosamente adornada!

Pero hubo un dia en que esta delicada mano cogió la tetera con tan poca maña, que la dejó caer, se quebró el pico, se desprendió el asa y despegó la tapadera. La pobre tetera yacia en el suelo, derramándose su per-

fumado té. ¡Qué golpe tan cruel! Pero lo más triste era que nadie se reía de la desmañada señorita, sino de la pobre tetera mutilada.

« Me acordaré toda mi vida de este lance, decia aun mucho tiempo despues la infeliz, cuando la venía á la memoria su brillante carrera. Me trataron de inválido, me metieron en un rincon como un trasto inútil y un dia me regalaron á una pobre pordiosera que iba mendigando un poco de sopa.

» Heme, pues, en las regiones más ínfimas donde reina la miseria; estaba traspasada de dolor, pero comprendí entónces cuánto velaba sobre mí un poder superior y los altos destinos á que estaba llamaba por las vias más extraordinarias.

» Me llenaron de tierra y no comprendia nada aun. Luego metieron en esta tierra una cebolla que procedia del jardín del rey, y que la bella señorita que me quebró, regaló á la hija de la pordiosera.

« Esta cebolla se animó, removiό y fué para mí un corazon lleno de vida, de que carecia ántes. Sentia agitarse en mí fuerzas desconocidas y como un pulso que latia. La cebolla retoñaba y crecia; las virtudes ocultas en ella se desarrollaban admirablemente y se transformaron en una magnífica flor. Al verla, me olvidé de mí misma, de mis dorados y de mi antiguo esplendor. ¡Oh, cuán dulce es olvidarse de sí mismo en ajena contemplacion! La hermosa flor no pensaba

en mí; todo el mundo la admiraba y extasiaba ante sus colores tan delicados; su perfume embalsamaba y yo estaba muy ufana de haberle servido de cuna.

» Un día vino á verla un aficionado á flores y declaró que merecía un tiesto mejor que una vieja tetera; y para trasplantarme con más facilidad, me partieron en dos pedazos. ¡Oh dolor moral y físico! Me echaron al corral y aquí me he quedado hecha un tejo cualquiera. Á veces me cogen los niños como juguete y esto me da algunos momentos de placer, que, aunque raros, me consuelan recordándome mi alto destino. La flor que nació en mi seno, ha ido á parar al salón al que serví tanto tiempo de adorno. »

11 n d



— Sí, algo de nuevo pasa, dijo la segunda lagartija.

EL REY DE LOS OLMOS.

Dos grandes lagartijas corrian una noche, en sentido opuesto, por el tronco hueco de un viejo sauce que estaba á orillas de un riachuelo en medio de la olmeda; en la oscuridad tropezaron una con otra y

retrocedieron de espanto; pero pronto se reconocieron y entablaron una conversacioncilla, pues ambas se comprendian bien y sabian el idioma de las lagartijas.

« ¡Qué algarabía! dijo la primera. ¡Qué ruido hay en la colina que cubre el palacio del rey de los olmos! Hace dos noches que no puedo cerrar los ojos; preferiria tener dolor de muelas, porque entónces si no duermo, á lo ménos no rabio contra otros.

— Sí, algo de nuevo pasa, dijo la segunda lagartija; por la noche se levanta la colina y hasta que canta el gallo se mantiene en el aire, sostenida por cuatro troncos pintados de encarnado; es, segun creo, para dejar entrar el aire embalsamado de las lagunas. Las hijas del rey han aprendido nuevas danzas. ¿ Para qué es todo eso?

— He hablado sobre este asunto con un gusano conocido mio, que habita la colina y se mete en todas partes; aunque no ve, porque no tiene ojos, está dotado de un oído muy fino, y hé aqui lo que oyó. En palacio se están esperando forasteros, nobles forasteros. ¿ Quiénes? No ha querido decírmelo.

Todos los fuegos fatuos están apalabrados para la retreta con antorchas. Están bruñendo todas las prendas de oro y plata para que brillen bien con la luz de la luna. »

En estose oyeron susurros, cuchicheos y otros varios ruidos extraños; una cuadrilla de nuevas lagartijas

atemorizadas salieron de sus guaridas preguntándose mutuamente: « ¿ Qué visitas serán esas que son causa de un estrépito tan infernal? »

De repente se abrió la colina y se vió aparecer á una vieja princesa, parienta lejana del rey de los olmos, que era la que gobernaba la casa. Llevaba en la frente, como diadema, un corazon de ámbar. Trotaba, corria, galopaba, como quien ha de recorrer un largo camino. Iba á la orilla del mar para buscar al cuervo de las noches, al espíritu maligno que habian echado la vispera del viejo castillo, que frecuentaba, y que fué desterrado por mil años bajo ésta forma.

Le halló graznando encima de una roca y le dijo: « Mañana por la noche estáis convidado á una gran fiesta que da el rey en su casa. ¿ Tendriais la bondad de encargarnos de distribuir algunas esquelas de convite? La funcion será espléndida; tendremos huéspedes de la mayor distincion y una docena de mágicos á lo ménos.

— ¡ Bien! ¿ Y á quién debo convidar? dijo el cuervo.

— Para el gran baile se dejará entrar á casi todo el mundo, aun á los hombres, es decir, á los sonámbulos. Pero para el banquete queremos sólo lo más escogido de la sociedad. Yo opinaba que no se debian convidar á las simples fantasmas; no queria más que espectros que han representado un papel en la historia.

En primer lugar, necesitamos al rey del mar y del



Le halló graznando encima de una roca.

fango, con las princesas sus hijas. No les debe gustar

venir á tierra porque está seca, pero se procurará que estén en su elemento; en todo caso, se tendrán sus sillas húmedas.

Luego tendremos los demonios de primera clase, con cola retorcida, la mandrágora y el caballo de los muertos ⁽¹⁾.

— Cuac, cuac, dijo el cuervo y echó á volar para desempeñar el encargo que se le habia dado.

Durante este tiempo, las hijas del rey ensayaban el paso de baile que acababan de enseñarlas, arrojándose en sus chales tejidos de niebla y de luz de la luna. El gran salon de honor estaba magníficamente adornado, y las paredes, frotadas con grasa de bruja, relucian como hojas de tulipa. En la cocina se estaban guisando pistos de sapos y culebras; centenares de ranas estaban preparadas para ponerlas en el asador y se calentaba la grasa para freir babosas y sanguijuelas; se estaba mondando una ensalada de nenúfares y de hongos encarnados, de los cuales bastaba un bocado para matar al hombre más robusto; esta ensalada estaba sazonada con rabos de ratas. La reina de los hornagueros habia enviado una cerveza hecha por

(1) Conforme á un uso supersticioso, en Dinamarca, procedente del paganismo, cada vez que se edificaba una iglesia, se enterraba un caballo vivo en los cimientos; el espectro de este animal, decia el vulgo, iba á buscar el alma de los muertos.

ella misma y en los postres habia clavos de féretros enmohecidos.

El anciano rey de los olmos habia hecho limpiar á fondo su hermosa corona de oro. En el palacio todo era continuas idas y venidas, barriendo, limpiando y restregando hasta el último rincón.

« Ahora, dijo la princesa, no falta más que quemar inciensos ; id á buscarme cerdas de caballo y plumas de pavo.

— Díme, padrecito, exclamó la hija menor del rey, ¿ no puedo saber aun cuáles son los nobles extranjeros á quienes vamos á dar esta fiesta?

— ¡ Vaya! contestó el rey, voy á satisfacer tu curiosidad. Se trata de casar á dos hermanas tuyas con los hijos del viejo gnomo de los montes de Dovre, en Noruega, el cual posee tan profundas cavernas y una mina de oro tan rica, que los hombres no la descubrirán jamas. Este viejo gnomo es sumamente bonachon y divertido, y tan íntimo amigo mio que nos tuteamos ; no le he visto desde la vez que vino aquí á celebrar sus bodas con la hija del rey de las rocas de Moen. ¡ Cuánto hidromiel bebimos entónces, procedente de un buque que baró en la costa ! ¡ Qué gusto tendré en volver á ver á ese mozo de buen humor, flor y nata de los hombres de bien. Dicen que sus dos hijos están bastante mal educados y que sus modales no son de los más decentes ; se conoce

que han tenido mucho trato con los hijos de los hombres. Pero son todavía jóvenes y pueden enmendarse.

— ¿Y cuándo llegarán? preguntó la mayor de las princesas.

— Los aguardo esta noche, respondió el rey, pero eso depende del viento y de la marea; yo creía que tomarían la posta y viajarían en un carro tirado por delfines, como los dioses y espíritus del mar; pero, en vez de esto, han ido á meterse, como verdaderos



El viejo gnomo de Dovre llevaba también una corona

gnomos en la bodega de un buque que las tempestades pueden retardar largo tiempo. »

De repente aparecieron dos fuegos fatuos bailando y saltando. « ¡ Ahí están, ahí están! » exclamaron todos.

« Dadme la corona, dijo el rey y pongámonos en rueda, á la claridad de la luna, como conviene á los genios de la noche. »

Las princesas se arrojaron en sus chales diáfanos é hicieron una graciosa reverencia á sus augustos huéspedes.

El viejo gnomo de Dovre llevaba tambien una corona hecha de hielo y de piñas, cortada con arte; iba vestido de una piel de oso blanco, y calzado de enormes botas forradas. Sus hijos iban con el cuello descubierto y en mangas de camisa, como unos gañanes; parecian gnomos de la plebe, por más que su gorro puntiagudo tuviese una forma elegante.

« ¡ Es eso lo que llaman aquí una altura? dijeron mirando la colina; en Noruega la llamaríamos un nido de hormigas. — Vamos callen esas bocas! dijo su padre, y fué en seguida á saludar á las princesas y dar un abrazo á su antiguo amigo el rey de los olmos.

Despues que hubieron admirado y alabado las maravillas del palacio, se sentaron á la mesa. Los personajes acuáticos, el rey del fango y sus familias, estaban colocados en unos grandes barreños llenos de agua, donde se zambullian á su placer.

Celebróse el festin con toda felicidad y los convi-

dados hallaron los manjares exquisitos. Sólo los dos gnomitos turbaban de cuando en cuando la alegría general con sus farsas groseras é indecentes, pues uno tomaba la cuchara con los dedos del pié y el otro bebía la cerveza en sus botas, como si fueran vasos y acariciaba la nariz de su vecina con una piña. Su padre los reñía, pero ellos no le hacían caso y volvían á las andadas.

En cambio el viejo de Dovre gustaba á todo el mundo y su conversacion era sumamente interesante. ¡ Con qué elocuencia y poesia hablaba de las elevadas y majestuosas montañas de Noruega, de las terribles tempestades que las conmueven, de los espumosos torrentes que se precipitan de sus cumbres y corren hasta el mar con un estruendo que se asemeja á veces al del trueno y otras al sonido de un órgano poderoso! Describía los esfuerzos de los salmones cuando brincan al remontar los torrentes. Contó en seguida lo que sucede en las alegres fiestas que se celebran sobre el hielo transparente, del modo como bailan allí los mozos, blandiendo antorchas encendidas con candencia y espantando los peces que se esconden en el fondo del mar.

Después de comer, se formó un corro para ver bailar á las princesas. ¡ Qué espectáculo tan lindo fué aquel! Ejecutaron rondós, pasos serios, saltaron y brincaron como cabritos. Meneaban brazos y piernas con tal

presteza que casi causaban vértigos; era un baile cual nunca se habia visto en ninguna corte de los reyes y emperadores de la tierra. El caballo de los muertos, que era siempre propenso á la tristeza, halló la fiesta demasiado jovial para él y pidió permiso para retirarse.

« ¡ Bum ! ¡ Bum ! exclamó el viejo gnomo, vaya una andanada de cabriolas. Cuando me fastidie allá en Noruega, diré á mis nueras que me distraigan con sus rigodones. ¿ Pero no saben hacer otra cosa más que dar vueltas como un torbellino ?

— Ahora lo verás y juzgarás por ti mismo, contestó el rey de los olmos. Vamos, señoritas ! Haced ver de lo que sois capaces. »

Adelantóse la más jóven que era tan delgada y delicada que diríase una estatuita de luz lunar cristalizada. Vivaracha como si tuviese azogue en el cuerpo, se puso en la boca una viruta de olmo y desapareciendo con ella, se volvió invisible.

« Ese don es muy precioso para los que están dotados de él; pero un marido no debe apetecer que su mujer se desvanezca en el aire de ese modo, como, por ejemplo, cuando quiera castigarla. Eso no puede acomodar á mis hijos, que gustarán de dar de cuando en cuando un cachete á sus mujeres. »

La segunda princesa se adelantó despues, contando al revés el número de sus años; llevaba consigo una

sombra, cosa casi desconocida en el mundo de los duendes. Así es que se mostraba muy ufana con ella.

La tercera era de muy buena pasta y habia aprendido en el palacio de la reina de los hornagueros á hacer una cerveza exquisita; sabía tambien sazonar as raíces de olmos y pinos y servir las mechadas con uciérnagas.

« Será una excelente ama de gobierno, dijo el real vejestorio, pero mis hijos no necesitan tales alicientes para abrirles el apetito, pues lo que les sobra son ganas de comer y beber. »

Acercóse la cuarta con una hermosa arpa de oro; en cuanto vibró una cuerda, todo el mundo alzó una pata y la de los tres gnomos fué la izquierda, porque toda su raza era zurda. Continuó tocando el instrumento y todos los circunstantes, impulsados por una fuerza mágica, se levantaron y pusieron á bailar y patear.

« Basta, basta, exclamó el viejo gnomo. Pierda yo mi corona ántes que mis hijos se casen con una moza que los lleve por los piés. ¿ Y tú, chiquita, qué sabes hacer ? dijo á la quinta princesa que se adelantaba haciendo dengues.

— Yo, dijo, he aprendido á amar la Noruega y no me casaré más que con quien me lleve á ese país que tanto he soñado. »

Estas palabras embelesaron al viejo de Dovre, pero

la hermana menor, deslizándose detras de su trono, le dijo al oído:

« Eso que está diciendo es porque ha leído no sé en qué parte que cuando llegue el fin del mundo los montes de Noruega se elevarán sobre el cáos, y espera refugiarse allí para no perecer.

— ¡ Oh ! eso es puro egoísmo, dijo el rey gnomo ; veamos lo que dice la última princesa.

— Hay aun dos, le respondió el rey de los olmos ; la sexta debe comparecer ántes de la que le sigue. »

Pero la sexta hacía mil zalamerías para presentarse.

« Yo no sé más que decir la verdad á la gente, y por consiguiente no soy útil para nada, dijo la remilgada princesa. Así, me ocupo sólo en cortar y coser vestidos para los hombres que mi padre nos trae á veces, y les hago tambien juguetes. »

Llegó la séptima y última, es decir, la mayor. ¿ Qué sabía hacer ? Tenía un don muy precioso, pues podia contar cuentos noche y dia, sin pararse, sobre un asunto cualquiera. « Hé aquí mis cinco dedos, dijo el viejo gnomo, cuéntame algo sobre cada uno de ellos. » La ladina princesa asió prontamente el dedo que llevaba el anillo é iba á empezar la historia de la sortija, cuando el anciano monarca la interrumpió diciéndole :

« Mira, toma el anillo, pues quiero que seas mi mujer. En el invierno nos divertirás con tus cuentos

cuando estemos metidos en nuestras cavernas de Noruega, sentados al rededor de las mesas de cristal de roca, bebiendo hidromiel en grandes cuernos de oro sacados de las sepulturas donde reposan los reyes de los humanos. Y cuando te canses, la reina de las ondinas, que viene á vernos con frecuencia, nos divertirá con sus cantos. ¡ Vaya ! verás qué vida tan alegre y regalada pasamos. Pero, ¿ en dónde están mis dos galopines ?

Se habian separado de la compañía para continuar sus groseras diabluras, y se estaban divirtiendo en apagar los pobres fuegos fatuos que con tan buena voluntad se habian ofrecido para animar la fiesta.

« Vamos, tunantes, dijo el padre, acercaos y escoged cada cual á una de estas princesas por esposa. Procurad que vuestra eleccion sea tan acertada como la mia.

Pero los gnomitos declararon que las hijas del rey de los olmos les parecian muy zalameras, y que preferian casarse con una robusta gnoma de su tierra, que no hiciese asco de sus modales. Nadie insistió y ellos empezaron á vaciar toneles de hidromiel y á brindar hasta que cayeron redondos debajo de la mesa.

Miéntas tanto, el viejo de Dovre bailó un rigodon con su novia y á lo mejor la metió en una de sus grandes botas forradas, la llevó en triunfo y pidió al rey de los olmos que les diese su bendicion.

« Ya canta el gallo, exclamó la vieja princesa, aya de las hijas del rey, que no perdió la cabeza en aquella francachela. Cerremos pronto todos los postigos para que no penetre aquí el más mínimo rayo de la luz del sol. Supongo que no hacéis ánimo de estar enfermos durante cien años. ¿ No es verdad ?

Y efectivamente, cerraron herméticamente el palacio.

Las dos lagartijas que habian entrevisto una parte de la fiesta, se pusieron á conversar sobre toda aquella magnificencia. El viejo gnomo les gustó mucho, pero el gusano preferia los hijos. Hé aquí lo que es el estar privado de la vista; bien es verdad que muchos de los que tienen ojos, juzgan tan mal como el gusano.

En cuanto al cuervo, halló á todos á cuál más absurdo, y se volvió á su guarida roqueña, sin envidiar los troncos de los olmos ni á su rey.





El agua se llevó el débil esquife.

EL INTRÉPIDO SOLDADO DE PLOMO

Habia una vez veinte y cinco soldados de plomo, todos hermanos por haber nacido de la misma cuchara de estaño. Llevaban el arma al brazo y miraban fijamente delante de sí; su uniforme era de color rojo y azul.

Las primeras palabras que oyeron en este mundo, cuando levantaron la tapa de la caja donde estaban encerrados, fueron : « ¡ Ay qué bonitos soldados de plomo ! »

El que hablaba así era un niño palmoteando de alegría. Acababa de recibir aquel regalo por ser el día de su santo. Formó al momento á sus queridos soldados en la mesa; todos ellos se parecían como dos gotas de agua, ménos uno que fué el último que fundieron y para el cual no hubo bastante estaño; así es que no tenía más que una pierna, pero se mantenía en ella tan firme como los demas con sus dos piés, y fué el único á quien sucedieron aventuras memorables.

Sobre la mesa en que colocaron toda la compañía, habia otros varios juguetes, pero el que llamaba más la atencion era una graciosa quinta de carton, delante de la cual habia una calle de hermosos árboles que conducia á un espejito redondo que figuraba un estanque, en el cual parecían recrearse unos cisnes de cera; veíase por entre las ventanas el interior de la casa, con salas adornadas con muebles de lujo. Todo estaba trabajado con el mayor esmero, pero lo más bonito que habia era una linda señorita que estaba en el vestíbulo, tambien de carton, pero con un vestido de verdadera muselina fina, una cinta de seda azul al rededor del cuello, un chal de color de rosa sobre los hombros y una flor dorada hecha con lentejuelas. La hermosa figurita era una bailarina y hacía dar vueltas á sus brazos. Una de sus piernas se hallaba momentáneamente echada

hacia atrás, por requerirlo así el paso que estaba ejecutando. Pero el soldado de plomo creía sencillamente que, como él, no tenía más que una pierna, y es acaso lo que más le gustaba en ella.

« Hé aquí la mujer que me convendría, pensó el pobre lisiado; pero es de una alcurnia muy alta para que me quiera; ella habita en un placio y yo no tengo más domicilio que una caja de madera blanca, donde vivimos veinte y cinco. No es un lugar decente para ella, pero á pesar de eso, acaso logre yo llegar á conocerla. »

Así, cuán grande fué su alegría cuando el niño le colocó encima de una caja de tabaco que estaba sobre la mesa, cerca de la quinta; desde allí podía admirar á sus anchuras la graciosa postura de la linda señorita, que se mantenía siempre sobre una sola pierna sin perder el equilibrio.

En esta posición le olvidaron una noche cuando volvieron á meter los demás soldados en la caja. Todo el mundo se fué á dormir, y á eso de media noche los juguetes se pusieron á jugar por sí y ante sí para distraerse. El polichinela hacía las más locas cabriolas, la peonza roncaba que era un contento, y los soldados se revolvían en la caja, queriendo salir para tomar parte en la fiesta, pero no pudieron alzar la tapa. La algarazara llegó á tal punto, que el canario se despertó y dió algunos alegres gorjeos.

Los dos únicos seres que no se menearon de su puesto, eran el soldado de plomo y la bailarina; esta se mantenía siempre sobre la punta del pié, con los brazos tendidos en forma de arco, y aquel firme en su única pierna, sin apartar los ojos de su vecina.

En esto el reloj dió las doce de la noche. ¡ Pif, paf! la tapa de la tabaquera se levanta, movida por un muelle y aparece un gnomito enteramente negro; no era una verdadera caja de tabaco, sino un juguete de muelle.

El soldado fué arrojado sobre la mesa, pero volvió á caer sobre un pié y continuó admirando á la bailarina, como si nada hubiese sucedido.

« ¡ Hombrecillo cojuelo! dijo el gnomo; no dirijas tus miradas hácia personas tan superiormente colocadas sobre tu baja esfera. »

El soldado permaneció inmóvil sin responder una palabra.

« Bien, bien, temerario mozuelo, volvió á decir el gnomo; mañana verás lo que te sucede. »

Á la mañana siguiente todo el mundo se levantó. La criada, miéntras arreglaba la habitacion, puso por un instante al soldado en el borde de la ventana que estaba abierta; de repente, creo que el gnomo fué el autor, sopla una ráfaga de viento, cruje la ventana y el soldadito se ve arrojado á la calle, cabeza abajo, desde un tercer piso. ¡ Qué viaje tan terrible!

El pobrecillo fué á dar de cabeza entre dos piedras; su morrion, bayoneta y casi todo su cuerpo desaparecieron en el polvo, y sólo salia su única pierna que ostentaba orgullosa y derecha.

La criada y el niño bajaron al momento á recogerle; el niño estuvo á pique de pisarle, pero nadie dió con él. El soldado iba á gritar « aquí estoy » pero se acordó que estaba prohibido á los militares hablar sobre las armas.

En esto empezaron á caer algunas gotas y luego un verdadero chaparron que limpió el polvo, y cuando volvió á salir el sol, pasaron por allí dos pilluelos.

« Mira, dijo uno de ellos: hé aquí un soldado de plomo que ha perdido una pierna en la guerra. — Tómallo, dijo el otro, y lo meteremos en nuestro barco.

Habian, en efecto, hecho un barco con una vieja gaceta, que pusieron en el arroyo, con el soldado dentro. El agua se llevó la débil barquilla, y los muchachos la seguian palmoteando.

La lluvia habia hecho crecer el arroyo, la corriente era rápida y el barco de papel se balanceaba, daba vueltas y se inclinaba á uno y otro lado, que parecia que iba á zozobrar. El soldado de plomo temblaba interiormente, pero no decia nada y permanecia intrépido con su fusil bien agarrado.

Arrastrado por la corriente, se mete el barco debajo de una piedra que estaba encima del arroyo. Reinaba

allí la oscuridad, y el soldado dijo entre sí: « ¡ Que oscuro está esto ! No está más claro que mi antigua caja. ¿ Qué va á ser de mí ? Ese maldito gnomo me ha echado un maleficio. Si á lo ménos la hermosa dama de la quinta estuviese aquí al lado mio, poco me importaria que la oscuridad fuese aun más negra. »



De repente aparece una gran rata.

De repente aparece una gran rata que vivia en un agujero debajo de la piedra.

« Enséñame tu pasaporte, dijo el roedor ; ¡ pronto ! tu pasaporte. »

El soldado no despegó los labios, pues sabia que su dignidad no le permitia alternar con semejante animalucho. La barquilla, desembarazada, siguió su curso y la rata iba detras rechinando y gritando á

los pedacitos de madera y pajitas que detuviesen la embarcacion :

« ¡ Alto ! decia ; detenedlo , que no me ha presentado el pasaporte. »

Pero el agua se deslizaba rápidamente y se llevaba consigo la barquilla ; el soldado volvía á ver la luz del sol , alegrándose de salir sano y salvo de aquel subterráneo . Pero de repente oye un horrísono estruendo , como el del trueno , capaz de erizar los cabellos al más valiente . Y no era para ménos , pues el arroyo , al salir de debajo de la piedra , fué á parar á un canal en el cual se precipitaba como si fuera una cascada .

¡ Patatrá ! hé aquí la barquilla arrojada al fondo . El soldadito impávido , permaneció inmóvil como una roca ; nadie podía decir que arqueó una sola vez las cejas . La navecilla , vacilando con el choque , dió tres ó cuatro vueltas sobre sí misma , se llenó de agua y empezó á sumergirse . El soldadito sólo tenía la cabeza y la bayoneta fuera del agua , pero hé aquí que se rompe el papel , se hunde y el militarito cae al fondo del canal .

En aquel supremo momento , pensó en la linda bailarina á quien ya no volvería á ver ; pero lo que más le afligia era morir de una muerte tan poco digna de un soldado .

Cuando iba á sepultarse en el cieno y desaparecer

para siempre, sintió que se lo tragaba un grueso pez, que lo tomó por un barbillo.

¡ Dios mio ! ¡ Qué oscuro era aun el estómago de aquel pez, llamado sollo y qué recinto tan estrecho era aquel ! Su antigua caja era más ancha. Pero el soldadito estaba acostumbrado á permanecer inmóvil, de centinela, con el arma al brazo.

El pez nadó en todos sentidos y acabó por subir á la superficie del agua. De repente hace movimientos y contorsions convulsivas, quedando despues en una completa inmovilidad. Al cabo de algunas horas, experimentó el soldado una sensacion como la del relámpago; la luz del dia volvió á aparecer con todo su brillo, y una voz exclamó : « El soldado de plomo ! »

Hé aquí lo que pasó. Pescaron al sollo, le llevaron al mercado y allí le compró una cocinera, que le abrió el vientre con un cuchillo, para guisarlo, y habiendo hallado al soldadito, lo entregó á los niños. Todos acudieron á ver al soldado de plomo que habia tenido aventuras tan singulares, hasta la de perderse en el estómago de un pez.

El pobre soldado no estaba del todo satisfecho viéndose objeto de la curiosidad general. La criada le volvió á poner encima de la mesa, y por una extraña coincidencia, se halló otra vez en la misma habitacion de donde se cayó á la calle para dar principio á sus desgraciadas aventuras. Todos le recono-

cieron por su única pierna, y él volvió á ver la caja donde estaban encerrados sus demas hermanos, así como la hermosa quinta de carton y sobre todo la linda bailarinita que como él se mantenía tambien intrépida sobre la punta del pié. El soldadito estaba sumamente conmovido; de buena gana lloraría, pero sus lágrimas eran de estaño y no hubieran conmovido á nadie.

Hé aquí que uno de los niños, dotado de una mala índole, tomó al soldado y le arrojó bruscamente á la chimenea, ántes que los demas pudiesen impedirlo. Al obrar así, dió por pretexto que quería ver si saltaría tambien librado del fuego, como salió del agua. Yo creo, sin embargo, que este mal pensamiento le fué sugerido por el horrible gnomo negro.

El soldado de plomo sintió un calor infernal; los hermosos colores de su uniforme desaparecieron, y él, entre tanto, miraba siempre á la linda bailarina para ver la impresion que hacía en ella el crítico estado en que se hallaba. La sílfide no le perdía de vista, sin dejar de sonreirse graciosamente.

Sintió que empezaba á fundirse, pero sin soltar el fusil. Abrióse la puerta de repente y un ventarrón se llevó á la bailarina que, atravesando el aire como una golondrina, fué á caer á la chimenea al lado de su querido soldado de plomo, y allí se inflamó desapareciendo para siempre.

El soldado se derritió lentamente, y al siguiente día, cuando la criada removió la ceniza de la chimenea, halló los restos del estaño, que habían tomado la forma de un gracioso corazón. De la linda bailarina sólo se halló su flor de lentejuclas.

El gnomo volvió á la caja de muelle; allí permaneció mucho tiempo hasta que, habiéndose estropeado el resorte, le tiraron á un rincón, donde un gato le rasgó jugueteando.



num. 5673

ÍNDICE

	Páginas.
LOS ZAPATOS COLORADOS	1
LA MARIPOSA	15
EL ENFERMO	20
HA DE HABER UNA DIFERENCIA	41
LOS CORREDORES.	49
LA TETERA.	56
EL REY DE LOS OLMOS	69
EL INTRÉPIDO SOLDADO DE PLOMO	74

